

de Dios, y, si creo, se puede hasta tener más confianza, ya que el hábito a veces causa más respeto, sobre todo a los hombres.

—Adaptados a la actualidad de la Iglesia, en el momento, traje Clergyman. Se podría decir que es el traje de «moda» en el sacerdote por ser el más visto hasta ahora en esta nueva «ola».



**Doña Natividad Royo de Schez-Migallón**

Madre de familia numerosa



**Srta. Juani Naranjo L. de Pablo**

Empleada de comercio

—La realidad que constituye al simple fiel en sacerdote y religioso es la ordenación y profesión religiosa.

—Considero más real «el hábito no hace al monje». No tiene nada que ver la forma de vestir de un sacerdote para ser bueno en su ministerio.

—En absoluto, el mismo respeto me causa el sacerdote con hábito que vestido de clergyman. Para mí no cambia en lo más mínimo.

—Me parece muy bien que los sacerdotes vistan el traje actual, llamado clergyman, ya que, como digo anteriormente, para mí en nada cambia un sacerdote por ir vestido de una forma u otra, además de considerarlo mucho más cómodo para ellos. Lo que sí me gustaría es que todos en común acuerdo vistieran el mismo tono de color.

—Ciertamente, no es la sotana, ni el hábito, lo que hace al sacerdote o al religioso, sino la ordenación y la profesión religiosa. Por consiguiente, todo ornato exterior no cambia para nada la grandeza del sacerdocio, que, por ser institución divina, jamás las atribuciones ni el consentimiento de un pueblo lograrían un solo sacerdote. Es Cristo quien los hace.

—Indudablemente que el hábito no hace al monje. ¡Estaríamos buenos! La llamada de Cristo al sacerdocio es algo tan sublime que no se le puede dar a unos determinados modos de vestir. Es una pena que, a veces, existan personas que se empeñen en hacer una especie de ley irrevocable a costumbres que, por remotas, exigen una renovación. Buena cuenta de ello nos ha dado el Concilio en su renovación, favoreciendo al cristiano.

—Nunca se puede perder el respeto —y menos la eficacia apostólica— porque en el sacerdote el cristiano debe ver ese sello imborrable de la marca de Cristo, y no un determinado hábito. Hay miles de ejemplos. Pero nos basta recordar al misionero, que entregando tal vez las primicias de su juventud consume su vida —lejos de los suyos— al servicio de los demás por amor a Cristo. Y son muchas las veces que, por exigencias del clima o mayor soltura para su duro trabajo, no lleva su hábito corriente. Y por ello no podemos dejar de pensar que haya algo tan sublime y que merezca más respeto que la vida de un misionero.

—Si he de ser sincera, me es indiferente. Para mí el sacerdote es tan grande y lo veo tan alto que me resulta dignísimo con su hábito como con el clergyman. Ahora bien, si resulta más cómodo y proporciona en ciertas cosas mayor rapidez en los trabajos apostólicos y se encuentran mejor con él. ¡ADELANTE TRAJE CLERGYMAN!